

Introducción

Al igual que los libros precedentes que se publicaron bajo mi nombre, esta obra tampoco tiene ninguna pretensión filosófica o literaria. Los capítulos que la componen fueron hablados antes de ser redactados a partir de grabaciones. Agrupa respuestas detalladas a las preguntas hechas por personas comprometidas desde hace más o menos tiempo en la vía de transformación personal que propongo desde 1974. Y esos auditorios, de los que formaban parte quebequenses y mexicanos, se componían de hombres y mujeres de orígenes sociales, niveles de instrucción y edades sumamente variados.

La enseñanza aquí transmitida es ante todo el fruto de nueve años de ascesis personal guiada por el maestro hindú Swâmi Prajnânpad, a lo largo de estancias más o menos largas y de unos trescientos encuentros a solas en la intimidad de su diminuto ashram. Otro de sus alumnos franceses, Daniel Roumanoff (sancritista e indianista) contribuyó a que cierto número de intelectuales franceses le conociera y reconociera gracias al rigor de sus testimonios; mientras que, de acuerdo con la sugerencia y bajo las directrices de Swâmiji, yo acogí a aspirantes a la sabiduría deseosos de seguir el camino que yo mismo había seguido.

En mi comprensión y experiencia, me es difícil precisar hoy qué es lo que le debo únicamente a Swâmi Prajnânpad y qué es lo que debo a las otras experiencias que han marcado mi camino. A los veinticuatro años de edad (1949) me uní a uno de los "Grupos" guiados por unos discípulos directos de G. I. Gurdjieff, su heredera reconocida Madame de Salzmann y Henri Tracol. En aquella época, la espiritualidad no tenía ni mucho menos la boga que tiene hoy en día y desde luego no hubiera sido durante mi carrera de Ciencias Políticas (cuyo título obtuve en 1946), que hubiera podido yo oír hablar de ello. Todo lo que descubrí respecto a la presencia a sí mismo o a la "no-identificación" con los pensamientos y las emociones me parecía algo totalmente nuevo –aunque se tratase de conocimientos antiguos transmitidos desde hace siglos de un modo más o menos exacto y vivo. Así pues, como tantos otros más en Europa y en América, aprendí mucho y experimenté mucho gracias al "Señor Gurdjieff", aunque yo no lo conocí físicamente, no puedo pensar en él o contemplar una de sus impresionantes fotografías sin experimentar un sentimiento muy profundo de gratitud hacia él.

A partir de 1949 me alimenté con obras en francés

y en inglés dedicadas al esoterismo, a la mística, a las doctrinas tradicionales, ya fueran de inspiración hindú, budista, cristiana, sufi o de los antiguos griegos. Sesenta años de lectura representan una biblioteca ¡que acaba volviéndose voluminosa!

Pero si el leer, volver a leer, estudiar, asimilar un tratado de sabiduría tiene su papel, nada sustituye el encuentro con testigos vivos. En 1958, un mes de retiro en la abadía trapense de Nuestra Señora de Bellefontaine y unas entrevistas con el padre abad, el prior y el maestro de los novicios me abrieron a una comprensión totalmente nueva del cristianismo y a cantidad de obras antiguas que, con mi educación protestante, yo había ignorado. Una amistad inhabitual pero profunda y duradera nació entre el reverendo padre abad, don Emmanuel, y yo que perduró hasta su reciente muerte. He leído a veces que Arnaud Desjardins era hindú o budista; pero le debo a Bellefontaine el que haya preferido profundizar mi comprensión de los Evangelios en lugar de convertirme a otra religión.

Dicho esto, el descubrimiento en 1959 de la India de los ashrams, de Swâmi Shivananda, Mâ Anandamâyi, Ramdas y de la literatura vedântica, fue para mí como para mi primera esposa, Denise, una revelación transformadora. Entre 1959 y 1965 dividimos nuestro tiempo entre Francia (y los grupos Gurdjieff) y la India, siguiendo a “Mâ” en sus desplazamientos y viviendo, por amor a ella, toda clase de contrariedades y de falta de confort. Esos viajes los financiaban unas películas que yo rodaba en la India y en Afganistán para la “Televisión Francesa”, servicio público de la ORTF, que daba a los telespectadores la oportunidad de descubrir un mundo poco conocido que yo mismo descubría. En cuanto a lo que me anima y me inspira hoy día, sé —o no sé— lo que les debo a Mâ Anandamayî, Swâmi Ramdas y a otros.

En 1964 y 1965, y luego en 1967, tuvieron lugar los encuentros con Su Santidad el Dalai Lama (el cual era mucho más accesible entonces que hoy en día) y con los grandes rinpochés tibetanos de la primera generación emigrada, entre los cuales ninguno había viajado todavía fuera de la India. El hecho que la realización de películas fuera patrocinada por el Dalai Lama hizo que me acompañara y me tradujera, durante todos aquellos meses, su propio *Senior Interpreter*, el Sikkimais Sonam Topgey Kazi, gracias al cual pude hacer a estos maestros preguntas precisas sobre la práctica de la meditación y confirmar mi comprensión. En aquella misma época me comprometí con Swâmi Prajnâpad, con quien podía discutir directamente en inglés. Pero también sé lo que el recuerdo de Kangyur Rinpoché, Dudjom Rinpoché o de Dilgo Khyentse Rinpoché y el XVI Karmapa a quien acogí más tarde en nuestro primer ashram del Bost, en Auvergne —y la lista podría ser aún más larga si los nombrara a todos aquí—, representó y sobre todo sigue representando para mí hoy en día. Su presencia siempre viva sigue siendo una inspiración cotidiana, su huella y su bendición tienen un lugar eminente en el trasfondo de lo que puedo transmitir y proponer hoy.

Por fin, en 1967 y en 1973, pude dedicar muchos meses a estudiar al lado de *pirs* sufíes incomparables en un país que visité varias veces, que filmé, y al que amé profundamente, el Afganistán aún sereno y tranquilo. Me acompañaba y me traducía un amigo afgano muy querido, Mohammed Alí Raonaq. Más que sobre las técnicas (*wazifa*, los *lataïfs*, la purificación de los *nafs*), diferentes a mis propias prácticas, mis preguntas a aquellos sabios giraban alrededor de la metafísica dualista o no dualista (*wahdat-al-shuhud* y *wahdat-al-wudjud*). Las palabras de uno de ellos fueron decisivas en mi orientación.

He de reconocer que mi investigación no tuvo un rigor universitario, ni junto a los sabios hindúes, ni junto a los maestros tibetanos, ni junto a los *pirs*. Yo apuntaba meticulosamente una frase y su comentario, pero no apuntaba de qué Upanishad provenía ni si se trataba del Corán o de un *hadith* del Profeta. En cuanto a los términos tibetanos, árabes o persas, yo los transcribía fonéticamente para poder utilizarlos y ahondar su sentido en una entrevista posterior. Y también es verdad que esta precisión, de cuyo valor estoy convencido puesto que me beneficié de ella como lector de traducciones y comentarios, no es lo que esperan los “buscadores” con quienes me reúno desde hace treinta y cinco años. Todo esto para decir que las páginas que siguen han de leerse por lo que son: respuestas a seres humanos que presienten que su existencia no puede consistir únicamente en tener éxito, fracasar, ganar, perder, ser por fin felices y de nuevo infelices, envejecer y morir.

Esta búsqueda trasciende las épocas, las culturas, las razas, las religiones. Pero cualesquiera que hayan sido las traiciones de las religiones, los crímenes cometidos en su nombre, los odios que

atizaron bajo la bandera de la palabra amor, es a menudo en este contexto en que las minorías vivieron y transmitieron los más valiosos conocimientos esotéricos. Las religiones dividen, las espiritualidades unen. O, mejor dicho, la espiritualidad une. Pues yo nunca conseguí ver una diferencia irreductible entre la paz, la serenidad, y el amor que emanan de un mahatma, un rinpoché, un sheikh o un monje cristiano que viven en Dios.

Ese fondo común universal es el que inspira las respuestas dadas en este libro. No busquen en él lo que no tienen ninguna posibilidad de encontrar: es decir un texto redactado minuciosamente con referencias y citas precisas. Si quieren leer una obra construida y cuidadosamente escrita, les aconsejo los tres tomos de Los caminos de la sabiduría, reunidos hoy en un único volumen, y si desean un vocabulario técnico sánscrito, ortodoxo, consulten los cuatro tomos de Adhyatma yoga, En busca del Sí-mismo.

Cuando entre 1968 y 1970 se publicaron Los caminos de la sabiduría, traducí yo, entre otras, ciertas palabras inglesas utilizadas en un sentido particular por Swâmi Prajnânpad. Se trataba de ideas que me habían impresionado fuertemente puesto que hasta entonces nunca las había leído o escuchado en ningún lugar. Swâmiji nos proponía una distinción radical entre *emotion* y *feeling*, *reaction* y *action*, *thinking* y *seeing*. Se trataba de no volver a confundir "emoción" y "sentimiento", una "reacción" y una "acción", "pensar" y "ver". Esos términos expresaban realidades profundamente diferentes y anteriores a cualquier apelación en un idioma o en otro. El elegir ese vocabulario francés me había ocasionado en aquel entonces unas cartas sumamente críticas según las cuales estos opuestos no eran sólo arbitrarios sino también erróneos. No entraré en más detalles pues esas cartas eran largas y minuciosamente documentadas. Hoy en día, cuarenta años más tarde, encontré esa misma terminología, considerada en aquella época como algo engañoso, en unas obras que son autoridad.

He aquí pues "un libro más de Arnaud Desjardins para decir otra vez lo mismo". No exactamente lo mismo, no exactamente del mismo modo. Y como a nadie se le exige para leer un libro que haya aprendido de memoria los libros anteriores del mismo autor, no es inútil escuchar y volver a escuchar unas verdades cuya veracidad podemos comprobar nosotros mismos y con las que podemos impregnarnos hasta que nos transformen desde el interior. Esta obra se parece pues a una serie de cartas colectivas, unas cartas largas, escritas a algunos de los que buscan ayuda para transformarse interiormente, para librarse de su miedo, para establecerse en la paz interior y en el amor que no tienen contrario. Hubo un tiempo en que ese tipo de libros tenía cierta originalidad. Hoy en día se publican en medio de otros muchos que se inspiran más o menos directamente de fuentes similares. Pero, si esta literatura no encuentra en Francia ninguna restricción, la idea misma de la relación entre maestro y discípulo se sigue poniendo en tela de juicio. Que estas páginas puedan, entre otras cosas, servir para apaciguar y tranquilizar ciertas preocupaciones a ese respecto.

Transmitir una enseñanza, sea cual sea, desde la medicina o el arte de la fotografía, hasta los ejercicios de patinaje artístico, exige que se utilice un vocabulario preciso y unos términos técnicos a los cuales cada uno da exactamente el mismo sentido. Debería de ser igual en una escuela de sabiduría pero estamos muy lejos de ello. Se trata en la mayoría de los casos de doctrinas y de prácticas que fueron, en su origen, expresadas muy rigurosamente, en otros

idiomas distintos del francés contemporáneo: sánscrito o pali, hebreo, árabe, griego antiguo o latín, chino, etc.

Las traducciones han ido variando con los traductores: en nuestro idioma un mismo término se llamará alma, espíritu o consciencia. La gramática sánscrita, por ejemplo, incluye el neutro: si decimos pues el brahmán, ya lo ponemos en masculino. Ni el sánscrito ni el árabe conocen la distinción entre mayúsculas y minúsculas. Las obras de espiritualidad en lengua francesa las utilizan ampliamente y más o menos arbitrariamente. Las palabras yoga o karma ¿son palabras sánscritas o palabras francesas de origen sánscrito? Y esa cuestión se plantea hoy en día con respecto a muchos términos.

Por otra parte, a través de la historia cada tradición se expresaba en su idioma y cada discípulo, monje o asceta se atenía a ese término. Hoy en día, por ejemplo, aquellos y aquellas que llaman a la puerta de nuestro ashram de Hauteville, han oído conferencias, leído libros, participado en seminarios que concernían muchas ideas de diferentes orígenes y, por eso, resultan positivamente afectados por ciertas palabras que para otros tienen una resonancia afectiva desagradable, cuando no dolorosa, y hasta insoportable, empezando por la más conocida de todas (y la más diversamente interpretada de todas), la palabra Dios.

Para evocar la "Realidad Suprema" que es el fundamento de nuestra consciencia de ser individual, cada uno tiene sus términos preferidos y los que rechaza: Dios, lo Absoluto, lo Infinito, lo Eterno, lo Divino, el Atman (con una mayúscula arbitraria) o el Sí-Mismo(eventualmente el Sí Supremo), el Reino de los Cielos que está dentro de nosotros, el No-Nacido, la Naturaleza-de-Buda, la verdadera naturaleza del espíritu, el Espíritu (que hay que distinguir radicalmente del alma), la Esencia y muchos más. Para tener en cuenta esas diferencias, yo mismo tuve que utilizar esas expresiones variadas como si fueran sinónimos, al servicio de una enseñanza precisa, entre tantas otras igualmente valiosas. Lo importante, cuando tiene uno frente a sí a

hombres o mujeres con sus dificultades existenciales, con sus sufrimientos y su sed de otra calidad de vida, es mostrarles el potencial de liberación posible en todo ser humano, y no enseñarles una doctrina de un modo académicamente correcto.

Ahora bien, aunque la mayoría de los hombres y mujeres que vienen a nuestro ashram no tienen ninguna preparación filosófica o teológica, otros tienen ya, al contrario, unas convicciones irrevocables a este respecto. Los denominadores comunes para todos son la insatisfacción –a menudo un sufrimiento duradero–, la esperanza de un cambio posible y una nostalgia de algo más que una psicoterapia. La enseñanza metafísica no dualista suprema tal y como fue formulada tantas veces igualmente por maestros hindúes como budistas, es que, al ser todo evanescente, "no existe ni creación, ni disolución, ni tampoco existe ninguna esclavitud, ni nadie que lleve a cabo una práctica espiritual, ni que busque la liberación, ni nadie que esté liberado". La vía, las prácticas, los esfuerzos "heroicos", los progresos no son más que unos aspectos del sueño del que hay que despertarse. Según esta perspectiva radical, todas las páginas que siguen sólo tendrían que ver con la ilusión de un ego que intenta alcanzar algo que ya está presente. Pero ese aspecto irrisorio se aplicaría también al asthanga marga (el célebre "camino óctuple") propuesto por Buda. Con este enfoque, este conjunto de prácticas perseverantes se vuelve entonces tan extraño como un manual que le

enseñara a la ola cómo reunirse con el océano, cuando ella ya es el océano, cómo permanecer en él y cómo permanecería él en ella, en la perfección de la no-separación. En verdad, para que un ego –incluso "ilusorio" o "irreal"– pueda tornar toda su atención, toda su energía psíquica hacia el Sí-Mismo (adhyatma), esta energía tiene que ser potente y unificada, libre de los pensamientos, emociones, deseos y miedos habituales (vasana y sankalpa).

En cierto sentido todo lo que se evoca o describe en los diferentes capítulos que vienen a continuación concierne a una preparación para sumirnos directa e irreversiblemente en la profundidad de la Consciencia. Le toca a cada uno descubrir si su propia experiencia se expresa según las imágenes clásicas, como la de la gota de agua que se ha reunido con el océano, o del cántaro lleno de agua sumergido en el mar y cuyo casco se rompe suprimiendo así la separación, o del río que, aunque habiendo llegado al océano se fundiera en él y siguiera corriendo hacia él.